

á Fonseca, que es, sin duda (para hablar claro), uno de los menos originales y de los más ilegibles místicos españoles. Sólo á título de compilación, aunque desaliñada y sin arte, puede tener su valor, y esto para quien no conozca los originales que saqueó á manos llenas <sup>1</sup>. El libro pertenece á la categoría de los llamados *predicables*, es decir, de los repertorios de lugares comunes, sentencias y textos para uso de los predicadores (Fonseca lo era de mucha fama), sin una centella de espíritu propio en el autor. Hasta el estilo, que todavía es de buen tiempo, se mueve lánguido y perezoso, obstruído por innumerables alegaciones de los Antiguos y de los Santos Padres. No he encontrado un solo razonamiento que me llame la atención, ni por su novedad ni por la manera de expresarle: frases sueltas hay algunas muy felices, y es lo menos que se puede pedir á un libro de esa época. Sirvan de ejemplo las siguientes: «El Amor entróse por esos cielos, y cogiendo á Dios, no flaco sino fuerte, no en el trono de la Cruz, sino de su Magestad y gloria, luchó con él hasta baxarle del cielo, hasta quitarle la vida.... Porque nadie es tan fuerte como el Amor, ni aun la muerte, porque puso el Amor la bandera en lo más alto de los homenajes de

<sup>1</sup> *Tratado | del Amor | de Dios. | Compuesto por | el Padre Maestro Fr. Cristóbal de Fonse- | ca, de la Orden de S. Augustin. | En esta última impresión | van añadidas tres tablas nuevas | muy copiosas. | En Barcelona. | Impreso en casa de Onofre Anglada. | Año 1608. | A costa de Joan Simón, mercader de libros.*

8.º 704 pp. sin contar los preliminares y las copiosas tablas.

Dios.» El historiador de la Estética puede pasar de largo por delante de este libro tan ponderado, donde lo poco bueno que hay es de Platón, del falso Areopagita, y de todo el género humano.

Y es otra razón más para no detenernos en este libro el que todo lo que en él se contiene, y mucho más, se encuentra, con notables ventajas de expresión y de solidez científica, en el *Tratado de la Hermosura de Dios y su amabilidad por las infinitas perfecciones del ser divino* <sup>1</sup>, obra que dió á la estampa en 1641 el P. Juan Eusebio Nieremberg, el más notable, si no el más popular, de los ascéticos jesuítas, honra grande del Colegio Imperial de Madrid en el ya decadente siglo xvii. Con ver la fecha de este libro

<sup>1</sup> Esta obra acaba de reimprimirse con un bellissimo prólogo del P. Miguel Mir, que con tanto arte y discreción ha sabido asimilarse la purísima lengua de nuestros autores del gran siglo.

*De la Hermosura de Dios y su Amabilidad por las infinitas perfecciones del Ser Divino, compuesto por el P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús. Madrid, imprenta de Don Antonio Pérez Dubrull, 1879.*

8.º xxx-545 pp. con un retrato del Autor.

Poseo una antigua traducción italiana.

«*Della Bellezza | di Dio | e sua amabilità | per l'infinita perfezioni dell' | Esser divino, | con alcuni affettuosi esercizi d'Amor di Dio; et altri inviti di Lode. | Libri tre. | Composta in spagnuolo dal P. | Gio: Eusebio Norimbergh | della Compagnia di Gesù | e tradotta in Italiano. | Venezia, MDCLXXXII (1682). | Appresso Nicolo-Pezzana.*»

8.º 635 pp. El traductor se llamaba Pietro Groppo.

El P. Mir suprime con buen acuerdo en su edición el *Convite de alabanzas divinas* y el *Sacrificio de amor y alabanza á la hermosura divina*, que van en las ediciones antiguas, y que son realmente piezas de muy dudoso gusto.

y el nombre de su autor, claro se entenderá que no es obra de gusto tan intachable como los *Diálogos de la Conquista* ó los *Triunfos del amor divino*, ó los *Nombres de Cristo*. Los años no pasan en balde ni para los individuos ni para las naciones, y van estampando arrugas en la frente de las literaturas más robustas. Abundancia, espontaneidad, viveza, nadie se las negará al estilo del P. Nieremberg, acaudalado por sus estudios de naturalista, por sus meditaciones de filósofo, por sus experiencias de consejero de almas. Ni dejará de reconocerse tampoco como una de las prendas más señaladas en él y más raras en el grupo de escritores á que pertenece, la claridad y orden lúcido de las ideas, su fácil encadenamiento y el rigor con que procede en las divisiones, de donde nace que sus obras más efusivas y ardientes sean al mismo tiempo verdaderos tratados, en que el calor oratorio no daña á la doctrina filosófica ó moral que se pretende inculcar, de lo cuales notable ejemplo el *Aprecio y estima de la divina gracia*, manual de teología *congruista*, acomodada á la capacidad de lectores no teólogos, y al mismo tiempo libro de edificación ó de piedad.

Pero aunque sea el P. Nieremberg uno de los cinco ó seis grandes prosistas de nuestro siglo xvii, y si no el más original de todos ellos, el menos infestado por los vicios literarios dominantes, no puede dejar de reparar el gusto más indulgente, cuando pasa la vista por sus mejores libros (y este de la *Hermosura de Dios*, es, sin duda, el

mejor de todos), con algo que, sin ser tan de bulto como el conceptismo de Quevedo, ó como el culteranismo de Gracián, produce, sin embargo, el efecto de bastardear la íntegra pureza del estilo castellano, enervándole y haciéndole languidecer, á fuerza de acumulación de frases, que no ha de confundirse con la riqueza real y positiva. Es, por tanto, el P. Nieremberg un prosista elegantísimo, pero recargado, verboso y exuberante, profuso de palabras más que de ideas, un tanto cuanto *batológico*; y entre los hilos de oro de su prosa fuera fácil descubrir hojillas de más vil metal, propio para la declamación más que para la legítima elocuencia.

Pero nada de esto anula el mérito de este bellísimo tratado, el cual, si no puede considerarse (ni era esta la intención del autor) como una exposición completa de la estética cristiana, que por otra parte andaba en mantillas, tiene la ventaja de condensar en un solo volumen, escrito con grandeza de conceptos y de imágenes, todo el conjunto de las doctrinas de Platón, de Aristóteles, de Plotino, del pseudo Dionisio, de San Agustín y de los escolásticos acerca del concepto de la belleza «hurtando (como el mismo autor dice) á los doctores santos sus sentencias; á los escolásticos sus discursos, y á los místicos sus palabras.»

Pero no se detiene aquí el P. Nieremberg. Todo esto, aunque lo trate detenidamente, no le conduce á una exposición árida y fría de los caracteres de la belleza. Su libro arranca de la

especulación; pero no se reposa en ella, sino que quiere hablar á la fantasía, encender la voluntad y mover en el corazón embravecida tempestad de afectos. Por eso ha dicho con razón su docto prologuista que, más bien que obra filosófica (aunque contiene gran copia de filosofía), es *ascética, afectiva y práctica*. Lo que el P. Nieremberg se propone, como término de su labor, es aplicar la teoría de la belleza á la doctrina de las perfecciones divinas, y en esto consiste su mayor originalidad, aunque también en esto hay que confesar que se aprovechó ampliamente de Lessio (*De divinis perfectionibus*).

Ni la parte propiamente teológica ni la parte afectiva del libro son ahora de nuestra incumbencia: expondremos brevemente la doctrinal, cuidando de no repetir lo que ya hemos leído en tantos autores.

Humillado el corazón, atónita el alma, y estremeciéndose la mano de pavor y reverencia, toma la pluma el P. Nieremberg, para tratar del infinito Ser, soberana Hermosura y tremenda Majestad de Dios. «Aquel inmenso piélago de esencia, aquel profundo abismo de bondad, aquel golfo de infinidad, aquel mar de perfecciones, aquella idea de hermosuras, aquella profundidad de bienes, está tan lejos de poder explicarse con vocablos, que ni los conceptos pueden llegar á conocerle; sólo puede nuestro entendimiento admirarle, pero no comprenderle, porque su incomprendible luz y hermosura vence la vista de todo entendimiento. No cabe el concep-

to divino en la capacidad de naturaleza criada. Pero si Dios encubre su grandeza en sí mismo, la muestra en las cosas: «Todas están llenas de vuestro infinito ser, y revientan todas las criaturas, descubriéndole á todos perfectísimo, omnipotente y hermosísimo.»

»Verdad es que todos los atributos divinos son tan perfectos y amables, que por cualquiera de ellos debe amarse á Dios sobre todas las cosas; pero este título de hermoso concilia más las voluntades, y encierra los demás. Por eso Sócrates, para persuadir á los hombres al amor de Dios, no lo hace con otro nombre, sino llamándole *lo hermoso*, poniendo tales calidades de la hermosura, que sólo competen á Dios, el cual es hermoso sobre todas las lindezas y maravillas del mundo....

»Conviene inquirir la causa por qué se ama tanto lo hermoso.... Digo que la causa porque la hermosura corporal agrada, es por ser una sombra y remedo de la razón, por verse en un cuerpo un rasgo y seña de lo que es intelectual y espíritu. De lo cual se puede colegir cómo la verdadera hermosura es la de la razón y espíritu, y así, cuanto más tuviere una cosa de espíritu, de razón y de ser intelectual, tanto más hermosa será; por donde, como Dios es puro espíritu y la misma verdad y razón, y su esencia sea intelección, su hermosura será sobre toda amabilidad y belleza.

»Para confirmación desto, se ha de advertir que lo que hace más graciosa y amable á la her-

mesura corporal es, según todos los filósofos, la proporción de partes bien ordenadas, de suerte que la orden, la cual es propia de la razón, es lo que agrada y hace hermoso, y así no hay hermosura sino en las cosas en que puede haber orden. Lo hermoso es un resplandor y rayo de lo bueno en las cosas que percibe la vista, el oído ó el entendimiento. Por gustoso que sea el olor ó el sabor, no hay en él hermosura, porque no hay proporción ni orden. En la vista y en el oído sí, porque hay en sus objetos orden y proporción, conformándose de muchas partes, por la correspondencia que tienen entre sí, un todo agradable y gustosísimo, por el rastro que en esto tienen de razón. Por esta misma causa las naturalezas más capaces, ó vecinas á la razón, son las que más gustan de la hermosura, y así los animales más brutos y torpes, ni gustan de la música, ni de la arquitectura y aseó, porque no llegan á alcanzar el orden y huella de la razón que en estas cosas hay. Mas los hombres que son capaces de razón, son los que gustan de una música concertada y de una vista compuesta y adornada, porque la hermosura es *prenda propia de la razón*, jurisdicción del espíritu y *empleo del entendimiento*. Y así la belleza corporal sólo agrada por ser una cifra ó borrón de la razón, por el orden y proporción de partes que en sí encierra. Por esto dijeron algunos platónicos que *la hermosura era la razón congruente ó concertada*; y á lo gracioso, que acompaña á la hermosura, definieron que era un resplandor exterior de la razón.»

Nueva autoridad entre las infinitas que pueden añadirse contra el P. Jungmann. El P. Nieremberg tenía lo bello por objeto propio de las facultades intelectuales, ni más ni menos que Santo Tomás: «*pulchrum autem respicit vim cognoscitivam.*»

«Esta gloria de la hermosura de consistir ó emparentar con la razón, se puede echar de ver por su contrario, la fealdad, la cual no es otra cosa sino desproporción de miembros, desorden de partes, lo cual causa disonancia á la razón, que dicta no estar las cosas en su lugar ni en la composición debida, de modo que la contrariedad á la razón hace las cosas feas: lo cual se echa de ver claramente en la fealdad espiritual y moral, que es el pecado. De donde, por el contrario, se sigue que la verdadera hermosura es la proporción y ajustamiento á la razón, por lo cual no puede haber cosa más hermosa que aquel Ser, que es única regla de la misma razón. Y en Él, no sólo hay orden entre sus atributos, sino unidad, que es sobre toda proporción y orden y razón, y así es sobre toda hermosura.

«Confórmase lo mismo con lo que los platónicos dijeron que la hermosura de la virtud era incomparablemente mayor que la de los cuerpos.... De suerte que por la mayor semejanza, vecindad ó relación á la razón, son las cosas hermosas, más ó menos hermosas, y la razón es la medida, la gloria y la flor de todo lo hermoso; y como en Dios esté la razón esencial y sustancialmente, en Él está la esencia y sustancia de

la hermosura, y toda amabilidad, y dél se deriva y participa cuanto hay bello y agradable, porque como es la misma razón, todas las demás cosas proporciona, ordena y dispone que tengan hermosura y perfección. Por lo cual, la misma razón ha de ser cosa hermosísima.... ¿Cuál será la hermosura del que es puro espíritu, puro acto, pura razón?.... Porque es la hermosura de Dios total y sustancial, no como los cuerpos hermosos, que ni son entera ni esencialmente hermosos....

» Toda la hermosura de Dios nace de la infinidad de sus divinas perfecciones, la cual toda está fundada en un raro y estupendo privilegio de su incomprendible naturaleza, el cual es carecer de causa y principio, y tener ser de sí mismo. Y así Sócrates, que puso las propiedades y condiciones de la belleza en Dios solamente, dijo que la hermosura era un privilegio de la naturaleza.... que es no tener ser de nadie, sino de sí mismo desde una eternidad.... Y así dijo Plotino: «Dios lo que quiso es, y como quiere, porque es cuanto pudo querer ser....» ¡Cuál será la belleza de Dios, que tiene cuantas hermosuras, gracias, perfecciones y bienes hay, no sólo en la naturaleza, pero cuantas encierra la posibilidad de cuantas naturalezas hay, y éstas en sumo grado.... y esto, no como quiera, sino encerrándolas todas, por innumerables que sean, en una suma simplicidad de su purísima esencia!.... Esta es una rara hermosura de Dios, por lo cual dice Alcinoo, platónico, que Dios se dice hermoso,

porque por su naturaleza es estas dos cosas, es más y es igual, y es igual en todos los atributos, pues ninguno es mayor ni menor que otros, siendo cada uno infinito, y es más, porque excede á todo lo que se puede pensar, pues cada uno es todos los demás.... En Dios están las *ideas*, esto es, las perfecciones de todas las cosas, no por figuras, sino infinitamente más cabal y perfectamente que en ellas mismas.... Porque Dios es todas las cosas, en cuanto contiene la flor y perfección de todas; pero es nada de las cosas, porque no es ninguna perfección ni hermosura dellas, sino sobre toda su perfección y hermoso y perfecto el ingenio humano.... La vista hermosísima del ser divino es el último fin para que fuimos criados, y la última perfección de toda criatura capaz de razón, porque esta vista endiosa al alma, y la santifica, y la hace más pura que los cielos, y más hermosa que las más hermosas naturalezas del mundo.»

Estudia luego el P. Nieremberg las condiciones de la hermosura que los filósofos señalan, para mostrar cómo están todas en Dios de una manera esencial y eminente. Considera primero las que fijan los peripatéticos, después las que señalan los platónicos, últimamente las que marcan los teólogos cristianos, y las que se deducen de las mismas perfecciones divinas. Y procede de esta manera: si, en opinión de Aristóteles, la proporción de partes es la primera condición de la hermosura, ¿cuánto más lo será la propor-

ción que hay entre los mismos atributos, que no sólo convienen en cierto orden, sino en entidad y unidad? ¿Cuánto más lo será la simplicidad y unidad de la naturaleza divina, donde están todas las cosas, tanto más perfectas y enteramente, cuanto más una y simple es?

Del mismo modo prueba que se aplican á Dios con suma excelencia todas las demás condiciones de orden, integridad y conveniente grandeza, que exigen los discípulos del Estagirita, y no menos la de eternidad, inmutabilidad, etc., que son las notas de la belleza en el sentido platónico, distinto en apariencia y no en realidad del aristotélico, por referirse el de Platón á la belleza absoluta, y el de Aristóteles á la sensible, relativa y limitada, única á la cual puede aplicarse en su recto y obvio significado lo de *composición de partes*, por más que el P. Nieremberg, animado, como todos los nuestros, por la alta aspiración de la concordia platónico-aristotélica, haga singulares esfuerzos de sutileza para conciliar al maestro y al discípulo, no subordinando la doctrina del segundo á la del primero, para que se explique lo particular por lo general, sino manteniéndolas como dos términos de igual valor. Todos los despojos de la ciencia humana le parecen pocos al P. Nieremberg para lanzarlos en ardientes efusiones á los pies del Señor, en quien la hermosura es, no sólo natural y sustancial, sino esencial.

«Otra calidad de la hermosura señalan muchos filósofos en un cierto género de gracia y resplan-

dor que acompaña á la proporción de partes y las demás propiedades de lo hermoso, con que se hace más apacible y agradable. Los latinos la llaman *nitor*; mas en romance no hallo tan acomodado vocablo que lo declare, si no es llamándole *lustre*, ó dándola el nombre de *claridad*, con que algunos la llaman, para hacerla común á los sentidos capaces della, según Platón, que son la vista y el oído, porque es particular gracia de la música que tenga voces claras, como también de los colores que tengan lustre, resplandor y claridad... Y sin duda la claridad hermosa y agracia mucho, pues el sol, que es astro tan hermoso, no tiene otra parte de hermosura sino su claridad y luz... que por sí es hermosísima; y así no podía faltar en Dios esta hermosura... porque á las demás propiedades y causas, por las cuales es infinitamente Hermoso, se llega ser Él una luz inaccesible y de infinita claridad y agrado. Hermes Trimegisto refiere, en el principio de su *Pimandro*, una revelación que tuvo de Dios, que se le apareció en forma de luz, y le causó una vista admirable: «Veía (dice) un inmenso espectáculo, esto es, parecíame que todas las cosas se habían convertido en luz, la cual vista era maravillosamente suave y gustosa.» Y no hay duda sino que sería este un teatro admirable, si viésemos transformarse en luces todas las cosas, las aves, los animales, los árboles, las hierbas, las piedras, los elementos, pues en Dios todas estas cosas, esto es, todas las perfecciones dellas, están esmaltadas de luz, ó,

por mejor decir, son luz, porque su ser divino es una luz inmensa que se extiende por espacios infinitos, comprendiendo en sí, con particular gracia y hermosura, cuantas hermosuras y lindezas hay. Si consideramos las admirables calidades y excelencias de la luz material, veremos que son todas una sombra de la luz sobrenatural é inmensa de Dios. La luz es el ornato y gala del mundo, y la hermosura de la misma hermosura, porque sin luz nada fuera hermoso: es el lustre de los colores, el alma de todo lo visible, la gloria y belleza de los astros, y el vigor de todo este universo, sujeto á generaciones....

»La luz fertiliza la naturaleza, y hasta en las entrañas de la tierra se siente su eficacia, aunque no se ve su presencia.... Todo esto es un rayo ó sombra de Dios, luz inmensa, del cual depende el ser y hermosura de todas las cosas.... Es gran argumento de Dios, de su infinita luz y hermosura, la claridad y resplandor que de su perfección derrama en las criaturas. Por lo cual dijeron los *platónicos* que las hermosuras de las cosas criadas eran sólo un resplandor del rostro divino.... y unos muy pequeños arroyuelos que, como de fuente original, proceden de aquella hermosura infinita.... Pero todo lo hermoso de las criaturas, con ser limitado, tiene algo de no hermoso.... no teniendo ser de sí, ni teniendo suyo más que la nada.

»Dice San Dionisio Areopagita que lo hermoso es causa eficiente y final y ejemplar de todas las cosas: Lo primero, es causa eficiente, porque

como la hermosura de Dios es infinitamente perfecta, ha de ser.... fecundísima, muy eficaz y obradora, así como las demás cosas, cuando están imperfectas y diminutas, son estériles, sin comunicarse á otras, porque toda su virtud recogen en sí, teniendo primero cuenta con su aumento y perfección que con la comunicación della. Pero estando ya llenas y perfectas, son fecundas, porque, no teniendo que ocupar su virtud en aumento propio, salen á buscar el bien ajeno, comunicándose á otras. Dios también, pues es infinitamente perfecto y perfectísimamente hermoso; no pudo dejar de ser fecundísimo y eficazísimo, y así con su infinita fecundidad, rebosa y sale fuera de sí, comunicando su hermosura á las demás cosas.... Es también la hermosura de Dios causa final de todas las cosas, porque le apetecen todas, unas en su imagen, otras en su verdad y sustancia, pues para Él se hicieron. No hay cosa que no codicie su perfección; no hay ninguna que no busque su bien.... La otra condición de la hermosura divina es ser causa ejemplar de todas las cosas, porque no hay bien criado, ni perfección, ni lindeza de que no sea Dios un vivo original.... pero excediendo con infinitas ventajas á la copia. Cuanto hay de resplandor, de gracia, de decencia, de perfección, de hermosura, repartido en las cosas criadas, todo está en el Criador *unido* cumplidísima y perfectísimamente, como en su prototipo....

»No hay duda sino que la hermosura de las cosas artificiales está más hermosa en el entendi-

miento del artífice que en la obra ejecutada, que no puede exceder á la perfección de su idea y forma ejemplar ; y así dijo Marsilio Ficino : «La hermosura en el entendimiento y en su forma, es más excelente que no en la obra de arte : añado que aún es más poderosa, porque en la obra está derramada, mas en el entendimiento unida.»

No seguiremos al P. Nieremberg en la segunda parte de su obra, donde muestra en Dios las excelencias y perfecciones de la *Sabiduría* (belleza intelectual), de la *Justicia* (belleza moral), de la *Virtud*, de la *Gracia* y de la *Santidad*, porque todos estos capítulos trascienden de la estética propiamente dicha, y penetran en lo más arduo de la teología dogmática, por lo cual, aún más que *Tratado de la hermosura de Dios*, debiera titularse el presente *Tratado de los atributos y perfecciones divinas*. Hemos visto lo mucho que tiene de platónico; pero el teólogo cristiano no podía contentarse con las luces de la filosofía ; y sobre la belleza sensible, sobre la misma belleza moral que tanto admiraron los filósofos, tenía que reconocer la hermosura de la Gracia, que realza á la misma virtud á un ser sobrenatural y divino.

En esto, y solo en esto, difiere la Estética de los místicos, de la que corría triunfante en los autores profanos del tiempo, y especialmente en León Hebreo, pues ya hemos visto que todos los autores citados, desde Fr. Luís de Granada hasta el P. Nieremberg, la aceptan íntegra y á sabiendas, confesando honradamente, como cumplía á va-

rones de tanta santidad, lo que debían á Platón y á Plotino. Lo cual en manera alguna implica la opinión absurda que algunos malignamente quieren prestarme, de que toda la mística española se reduzca á platonismo ó neo-platonismo, pues harto sé yo que estas ideas sobre la belleza son una gota de agua en el inmenso mar de nuestra ciencia mística, y que ni con ellas ni con los análisis psicológicos, ni con las intuiciones metafísicas, de que es igualmente rica esa literatura, se explican en su integridad las *Moradas* ni la *Subida del monte Carmelo*. No basta en modo alguno haber leído las *Enéadas*, ni saberse de memoria el *Simposio*, para lograr aquella alta contemplación, de la cual San Juan de la Cruz cantaba :

«Y si lo queréis oír,  
Consiste esta suma ciencia  
En un subido sentir  
De la divinal Esencia :  
Es obra de su clemencia  
Hacer quedar no entendiendo,  
Toda ciencia trascendiendo.»

Esta ontología trascendental es todavía ciencia; pero ciencia misteriosa y arcana que el mismo Santo (en la *Noche Oscura del Alma*) llama «contemplación infusa ó mystica-theología, en que de secreto enseña Dios al alma, y le instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada más que atender amorosamente á Dios, oírle y recibir su luz, sin entender cómo es esta contemplación infusa.»



Y esto es lo que propiamente se llama teología mística: todo lo demás son accesorios, y á lo sumo escalas y andamios. Disputan los doctores contemplativos si esta ciencia es obra intelectual, inclinándose San Buenaventura y la mayor parte de los franciscanos, entre ellos nuestro encantador Fr. Juan de los Ángeles, á suponerla obra enteramente afectiva y de amor; en la cual no tienen parte el discurso ni la meditación. Contraria opinión llevan Dionisio el Cartujano y otros autores, especialmente dominicos, que la suponen ejercicio exclusivo de la inteligencia. Entre los filósofos del amor y los de la escuela, se coloca la opinión intermedia, ó más bien ecléctica, que defiende con grande aparato de autoridades el iluminado y extático varón Fray Miguel de la Fuente, carmelita, en su *Libro de las tres vidas del hombre, corporal, racional y espiritual*, que es el mejor tratado de *psicología mística* que tenemos en castellano, á lo menos de los que yo conozco. Dice, pues, este venerable (eco de la opinión más corriente en su tiempo y en su Orden), que la Teología mística es acto de las dos potencias supremas, inteligencia y afecto: «porque en lo mystico siempre andan juntos conocimiento y amor.»

Así lo entendió siempre la escuela española, y esta es su mayor gloria. No se la injuria considerándola como una filosofía popular, que dió á nuestra raza el pasto de vida intelectual durante muchas generaciones. No es pecado investigar sus orígenes, ni mostrarla racional, aunque no

racionalista, en sus procedimientos. ¡Pobre razón humana, tan respetada y realzada por los místicos antiguos, y tan calumniada y abatida por los místicos modernos, aun por aquellos que debían de haber aprendido en la escuela de Santo Tomás que la razón (aun la de los gentiles) es una *participación de la lumbre increada!*

